

15 céntimos el número



LA VELADA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año I.

Barcelona 20 Agosto de 1892

Núm. 12

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.^a, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



EMPRESA DIFICULTOSA.—CUADRO DE P. MASSANI

SUMARIO

Texto.— Crónica, por B.— Las llaves perdidas, tradición popular (conclusión), por MARÍA MENDOZA DE VIVES (ilustraciones de J. PELLICER MONSENY).— Un Papa catalán, por TEODORO BARÓ.— Oda de Horacio (poesía), traducción de F. JAVIER DE BURGOS.— Justa y Rufina, por MELITÓN GONZÁLEZ (ilustraciones del mismo).— Nuestros grabados.— Mesa revuelta.— Recreos instructivos.

Grabados.— Empresa dificultosa, cuadro de P. MASSANI.— La hija de Jairo, cuadro de L. FELDMANN.— Una canción del tiempo viejo, cuadro de B. VAUTIER.

Crónica

HA terminado en Huelva la primera parte de las fiestas del Centenario del descubrimiento de América. Sin ánimo de denigrar lo que allí se ha hecho, bien puede afirmarse que todo cuanto se ha llevado á cabo está muy lejos de corresponder á la grandeza del suceso conmemorado. Previmos bien al afirmar que aquellas fiestas estarían muy lejos de eclipsar las que se celebraron en el puerto de Barcelona con motivo de la venida de Sus Majestades el Rey y la Reina regente, para inaugurar la Exposición Universal. Ni por el número de los barcos ni por las naciones representadas, el espectáculo de Huelva se ha igualado al de nuestro puerto. La verdad es que en 1888 se trataba de festejar á los mismos augustos monarcas de España, y ahora en Andalucía no se realizaba más que un simulacro recordatorio de la salida de Cristóbal Colón del puerto de Palos el día 3 de Agosto de 1492.

Hasta la misma desgraciada circunstancia de no haberse podido celebrar misa en Palos, contribuyó á amenguar la significación y la importancia de aquellas fiestas. Sobre quién tuvo la culpa de que no hubiese en aquella iglesia sacerdote preparado discuten todavía los periódicos, y es probable que aun hablarán algunos días, después de lo que todo quedará olvidado. Es triste, de todos modos, que á la citada conmemoración le haya faltado el acto religioso, cuando la religión fué el alma de la empresa del insigne navegante, conforme lo dice el Papa León XIII, en la admirable epístola, que extractamos en otro número. Separar la religión cristiana del descubrimiento de América es á todas luces imposible, y así lo ha comprendido el Presidente de los Estados Unidos Mr. Harrison, quien no ha olvidado la parte religiosa que ha de haber en las manifestaciones de Europa y América sobre un hecho de tanta trascendencia en la civilización del género humano.

Mr. Harrison invita al pueblo de su nación á que acuda á las iglesias, «á expresar á la divina Providencia su gratitud por la fe sólida del explorador, y por la protección é inspiración divinas que han dirigido la historia de los Estados Unidos y colmado de beneficios al pueblo americano.» Al transcribir este párrafo el diario republicano ginebrino *Le Journal de Genève* no deja de hacer notar, con celebrable criterio, que el presidente americano no teme asociar la religión á las fiestas patrióticas del Centenario, dando así una lección á algunos jefes de Estados europeos, quienes en sus arengas no se atreven á pronunciar nunca los nombres de Dios ni de la Providencia.

Otro periódico extranjero hace notar, á propósito de las fiestas colombinas, que en todas las naciones, al escogerse los festejos, se ha dado importancia singular á la parte retrospectiva. España y los Estados Unidos, puestos de acuerdo, han construído las naos *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña*, procurando que resultasen exacto trasunto de las que aparejó Colón y en las que se embarcó con sus fieles auxiliares los Pinzones. En Génova, en Madrid, en Barcelona y en algún otro punto prepáranse cabalgatas de carácter histórico, referentes á los sucesos ocurridos con motivo del descubrimiento de América. En nuestra corte se organiza la Exposición histórico-americana, de índole retrospectiva, y en la que figurarán ejemplares de gran valor histórico y artístico, desde el siglo xv al siglo xviii, espacio de tiempo señalado por la Comisión organizadora de dicho Certamen. En todas partes, pues, ó se reconstituye lo más fielmente el pasado para exponerlo á la vista del pueblo ó se allegan monumentos de centurias fenecidas para estudiar en ellos el carácter exacto de su civilización. Comentando esto, añade el periódico á que aludimos: «¿Será acaso que todos, absolutamente todos, volvamos la vista al pasado en busca de la fe ardiente que animó á los hombres de entonces, nosotros que nos sentimos carcomidos y abatidos por la duda, por el escepticismo y por la indiferencia?»

Ya dijimos que la República, tal como la entienden los que hoy manejan las cosas de Francia, ha triunfado en las elecciones para los Consejos generales, recientemente verificadas. Los católicos que se adhirieron á la República han sido vencidos en todas partes, con excepciones contadísimas. Y es que los republicanos franceses no quieren oír hablar de catolicismo por ningún concepto, y por lo tanto, no admiten á aquellos candidatos. El catolicismo no les permitiría continuar su inicua obra de perversión y desmoralización, y por esto no lo admiten en ninguna forma, ni siquiera viniendo representado por los que lealmente, profesando tales creencias, han juzgado que debían aceptar la actual forma de gobierno de la nación vecina.

Por otro lado, el resultado de las citadas elecciones es deplorable en el fondo. He ahí lo que acerca de ellas escribe *Le Figaro* de París, que de algún tiempo acá tan tierno se muestra hacia la República y los republicanos: «El resultado, dice, del escrutinio de 31 de Julio se resume en una palabra: descomposición. El oportunismo, esto es, la candidatura oficial más desvergonzada, el tráfico de todo, de las contribuciones, de los ingresos de toda clase, de las plazas de peones camineros se muestra con la sonrisa en los labios y las manos cruzadas sobre la barriga. Es el triunfo del estercolero. Acaso se encuentre algún escultor que reproduzca esta apoteosis.»

El príncipe de Bismarck prosigue en su campaña de oposición. Lo cierto es, en medio de todo, que las ovaciones á su persona se han repetido en uno y otro punto, y que hace poco Berlín ha sido teatro quizás de una de las mayores. Dirigiase el ex canciller á Varzin, y al hallarse en la estación de la capital del Imperio, unas

cinco mil personas la habían invadido, entonando la canción *Deutschland über alles* (Alemania sobre todo) y vitoreándole ardorosamente. Cubrióse de flores el vagón en que viajaba, y el príncipe dirigió la palabra á la multitud para decirle entre otras cosas lo siguiente: «En el transcurso de mi viaje, que emprendí para asistir á una fiesta de familia y por recreo, he visto que casi en todas partes se halla borrado el recuerdo de 1866, y que, por lo contrario, en todos los Estados no prusianos de Alemania y hasta en Austria, está más vivo que nunca el recuerdo de 1870.» Bismarck acude, pues, siempre que se le ofrece coyuntura propicia, á refrescar la memoria del pueblo alemán sobre la participación que tuvo en la unidad de Alemania y en la formación del Imperio. ¿Qué resultado va á producir su oposición? Desde el momento se asegura ya, y esto lo dice el mismo *Reichsanbote* (el mensajero del Imperio) que en los círculos políticos los ánimos se hallan muy divididos, y que hasta entre los militares se marcan las diferencias, pronunciándose unos en favor y otros en contra del príncipe. A la estación de Berlín acudieron militares, como se ha notado también la presencia de ellos en otras de las etapas seguidas por Bismarck en su viaje. ¿Será aventurada la suposición de que el actual canciller Caprivi se consideraba quebrantado ante la persistencia en la oposición del ex canciller y que se hallaba pronto á abandonar su puesto? Es muy probable que estas noticias se deban á suposiciones intencionadas de los periódicos franceses, los cuales ponen particular empeño en tergiversar las cosas de Alemania y se muestran dispuestos siempre á molestar con su política al emperador Guillermo II, quien en el día,—dígase lo que se quiera en contra,—tiene en sus manos las riendas de la gobernación del Estado en su poderoso Imperio. Y como los periódicos franceses son los más leídos en el continente de Europa, en comparación con los de otros países, de ahí que repetidamente nos resulten mentirosas las nuevas que publican de Alemania, viéndolas al través de los espejuelos negros que usan de continuo aquellos escritores y periodistas.

* * *

Anunciábase en París que había fallecido M. Lamache, uno de los siete fundadores, con el ilustre Ozanam, de las Conferencias de San Vicente de Paul. En medio de la podredumbre de la sociedad contemporánea, corre ligera la pluma por el papel cuando puede estampar el nombre de un varón como M. Lamache, á quien el Señor habrá ya concedido la gloria en premio de sus virtudes y del bien que hizo al fundar las Conferencias. ¡Cuántos recuerdos evoca este nombre! ¡Cuántas desgracias aliviadas, cuántas familias reconfortadas, cuántos seres salvados de la miseria material unas veces y otras muchas de la miseria moral, más terrible y destructora! ¡Bien haya la memoria de aquellos siete cristianos hombres! ¡Bien haya la de Lamache, que figuró entre ellos y que procuró á la sociedad del siglo XIX por medio de las Conferencias de San Vicente de Paul, únicamente ocupadas en socorrer al prójimo, una áncora de salvación en las espantables borrascas por que han pasado en esta centuria todas las naciones del mundo!

B.

Las llaves perdidas

TRADICIÓN POPULAR

(CONCLUSIÓN)

III

La noche estaba, aunque tranquila, anubarrada. En aquel entonces el alumbrado de la población reducíase á pocos faroles en las principales calles y plazas, y alguno que otro en los arrabales, donde sin los retablos y nichos de los santos, ante los que ardía por algunas horas amarillento cabo de cera, ó farolillo de luz mortecina, hubiera permanecido todo en la más completa oscuridad. Así se encontraban antes de la *queda*, ciudad y barrios, muy á gusto de los que *mascaban hierro* ante las rejas de sus novias y de los truhanes que, ganosos de aligerar de capa y dinero á algún desdichado ó solitario transeunte, se apostaban en los esquinzos y recodos de estrechos y tortuosos callejones, escollos y bajíos de aquel mar de tinieblas, de los cuales se ven restos en la árabe Toledo, la morisca y oriental Granada y alguno que otro punto de Andalucía.

Aunque en Junio amanece temprano, aun no alboreaba cuando el tío Corro, saboreando su triunfo por haber burlado la vigilancia de ciertos sabuesos del resguardo, y desempeñado su cometido á satisfacción propia y de sus clientes, entró en su calle embozado hasta las narices cual galán enamorado que no quiere ser conocido.

La calle estaba silenciosa como un sepulcro y oscura como boca de lobo; sin embargo, los ojos de Conejito, avezados á sondear la lobreguez, creyeron descubrir algo que se movía en la puerta de su casa. Paróse en su camino, requirió una de dos pistolas que cargadas de sal en el cinto llevaba, más bien con idea de inutilizar por el pronto, que de herir mortalmente al que le atacase, y con voz firme é imperiosa preguntó:

—¿Quién va?

—Ni van ni vienen; vecino de esta casa que espera en calma chicha racha favorable para entrar en ella; respondió una voz de hombre algo enronquecida.

—¡Por vida de cien corachas del Brasil, que si no habla pronto su merced, le envío una andanada que le impida salir á la mar por tiempo largo! ¿Qué hacía á estas horas en la calle? ¿no se fué á dormir en su cuarto? dijo el casero abriendo la puerta.

—Compadre, replicó el patrón, me pasa un caso raro; si á mal no lo tiene, entraré en su estancia y lo sabrá todo.

La señora Fina esperaba levantada á su esposo; al verle con el compadre sobresaltóse; mas tranquilizóla luego la cara de pascua de Conejito y la maliciosa sonrisa con que dijo:

—No sé lo que pasa al compadre; de seguro al salir de aquí se fué á picos pardos, y en algún garito perdió sus llaves.

—Perdidas las tengo, pero no en mal lugar, sino muy santo, dijo el patrón sentándose y exhalando un gemido.

Conejito y Fina sentáronse á par suya, é instándole para que comenzase, prestaron atención.

Volvió á suspirar el antiguo marinero, y pasándose las manos por la frente, dijo á corta diferencia de este modo:

—Me fuí de aquí, entré en mi cuarto, y como cada noche, me entregué al sueño. No sé el tiempo que dormiría; ello es que al despertarme creí llevar un siglo de des-

canso. Vestíme á oscuras y abrí la ventana para conocer por las estrellas la hora; pero el cielo tenía un cariz más oscuro y siniestro que el horizonte en tiempo de tempestad. Sospechando que las nubes retardaban el día y debiendo estar temprano á bordo, cogí mis llaves, cerré mi cuarto, bajé á tientas las escaleras, abrí la puerta de la calle y me lancé á ella como bote á la mar.

No había caminado cien pasos cuando sentí cánticos religiosos, y ví venir de la parte de la ciudad hacia este lado resplandor de luces; eran hachas y cirios, con que multitud de gente acompañaba las efigies de plata de los Santos Mártires. Como hacia mí se dirigían, lleno yo de sorpresa y respeto, apretéme contra la pared para verla pasar. ¡Virgen santísima! Jamás verá el mundo procesión mejor ordenada. Delante iban los chicuelos, después las mujeres...

—Tras la inocencia, la tentación; luego seguirá el pecado, exclamó Conejito.

—Calla, dijo con firmeza y autoridad la señora Fina.

El tío Pedro, como si no les oyera, prosiguió:

—Entre las jóvenes divisé una alta, pálida, vestida de negro, con un niño en los brazos; la cabecita de aquel ángel reposaba en el hombro de la que le sostenía; yo quise gritar: ¡Paula! ¡Paula! y correr hacia ella; pero mi lengua permaneció muda y yo sin movimiento como buque varado. Seguían á las mujeres hombres de todas clases, mucha parte de los gremios, cruces y pendones, curas y frailes; todos con la cabeza baja, el rezo en los labios y la luz en la mano. Cuando callaba el canto, que unas veces parecía de serafines, otras de súplicas y lloro, empezaba el rezo, levantándose con él un murmullo acompasado y monótono como el de las olas rompiendo sin fuerza en riscosa orilla. Yo estaba atónito; al pasar el gremio de los míos, uno de los jóvenes que llevaban los cordones del estandarte me pareció mi hijo, aunque éste era sonrosado y el otro tenía la color difunta. Con todo, iba á lanzarme á él, cuando no sé quién me puso un cirio en la mano, y cogiéndome por el brazo, me ingirió en la fila. Así unos tras otros, salimos al campo, tomando hacia el arroyo de los Ángeles.

No sé lo que por mí pasaba; no podía rezar, ni hablar, ni exhalar un suspiro; parecía que una losa me apretaba el corazón, y sin embargo, caminaba erguido como el palo mayor de la nave en mar tranquila. De pronto miré á uno y otro lado y me estremecí: mi sombra era la sola que se extendía por la campiña como la luz del faro sobre el mar; los demás no tenían sombra... Este prodigio me espantó, y un sudor frío recorrió mi cuerpo. Sin embargo, las imágenes de los santos y la cruz redentora estaban allí y deseché todo temor. Así llegamos al arroyo, y las palmas, cuyo nacimiento nadie recuerda, las palmas, á semejanza del sol, resplandecían con luz propia, llenando el contorno de una claridad blanca y rosada parecida á las auroras del estío. Allí hicimos alto y hubo un canto de gloria. Luego entramos todos en la ermita permaneciendo de pie y en dos filas hasta pasar las andas llenas de luces y flores donde se llevaba á los dos mártires.

La capilla parecía un ascua de oro; los nimbos de los santos centelleaban con los reflejos temblorosos y diamantinos que despiden los astros en las noches de invierno serenas y oscuras. Hubo un instante en que creí perder el sentido: los clérigos con sus rizadas sobrepellices; los frailes con sus hábitos de distintas órdenes; las damas principales con sus faldellines de seda y sus mantos con blondas; los grandes señores con sus placas y cruces y los pobres con sus trajes humildes, formaban un todo impo-

nente y maravilloso que ofuscaba la vista y conturbaba el pensamiento.

El altar, las flores que le coronaban, las luces que en él resplandecían y las imágenes de ángeles y santos, veíalo yo á través de ligera neblina. Formábala el humo del incienso. Yo miraba cómo al columpiarse los incensarios dejaban, ya á un lado, ya á otro, blancos borbotones de vapor, los cuales como indecisos en el camino que seguir debían, parábanse un instante, levantándose luego á modo de culebrinas que suben, rompiéndose unas veces para formar grupos, cual las nubes que se fraccionan, y dilatándose otras como sutil celaje sobre la cabeza de aquellos fieles, remontándose al fin en la altura como la oración y el espíritu de los buenos.

Recobréme al tomarme un lego trinitario el cirio que en la mano tenía.

Entonces reparé que el oficio había empezado y predicaban. Corrido de mi distracción, me senté en un escaño que á mi espalda tenía y fijé la vista en el púlpito que estaba frontero y en el religioso que lo ocupaba. Era el padre fray Diego Andrade de la Trinidad. Aunque muy desfigurado, conocíle al punto por su color macilento, sus mejillas hundidas y su frente calva con los dos blancos copos en las sienas.

Desde joven me había confesado con él, hasta que lo mandaron á Cádiz. Un siglo hubiera estado escuchándole.

Concluído el sermón y rezadas las tres Avemarias terminó el oficio; la gente comenzó á salir y los legos de la Trinidad á apagar las luces.

En un remolino que formaron en la puerta los que salían, creí ver á la mujer del niño y al mancebo del estandarte; quise acercarme á ellos; pero otra oleada de gente me volvió atrás, y cuando llegué á salir todo había desaparecido.

Fuera de la ermita miré á uno y otro lado con asombro.

¿Dónde estaba aquella multitud? Hubiérase dicho que instantáneamente se la había tragado la tierra, como la mar á la barca con mi hijo! Acaso me los escondía la lóbreguez de la noche; ¿pero, y el rumor de sus pisadas no hubiera dicho: por ahí van? Y luego, ¿cómo damas de tanto porte, y señores de pro, iban sin criados y lacayos que con hachas ó linternas les alumbrasen el camino?

Así discurría yo avanzando asaz confuso, cuando el reloj del convento de los Ángeles de Miraflores dió la una, repitiéndola momentos después los relojes de la Trinidad y Santo Domingo. ¿Adónde iba yo á aquella hora? Lo mejor era volverme á mi casa.

En aquel momento recordé que había olvidado las llaves sobre el banco en que sentado estuve.

Era preciso volver á la ermita y volví.

La puerta estaba cerrada; cogí una piedra y comencé á llamar. Yo mismo tenía miedo del ruido de los golpes, cuyos ecos resonaban por las cañadas de la sierra como debe resonar el último día la trompeta del juicio en el fondo de los panteones.

Pero, ó la capilla estaba desierta, ó á los legos que en ella ví los había ensordecido el Señor para probar mi paciencia.

Cansado de alborotar en vano, me vine á casa y me senté en el umbral esperando á alguno de los que se recogen tarde para entrar con él.

—Compadrito, dijo el tío Corro, á estar menos seguro de que prefiere su merced la salobre del mar á la sangre de Jesucristo, diría que ha empinado el codo, tomando una que ni la de Josué.

—Noé, querrás decir, apuntó Fina.

Conejito prosiguió:

—¡Cristiano! ¿qué procesión había de haber á media noche, sin que se supiera y alborotase con ello el mundo? ¿Ni cómo había de caber en la ermita tanta gente?... Su merced despertaría como dice, se lanzó á la calle, y con la manía de meterse las llaves en el bolsillo, de donde se le han salido cien veces, se le salieron una más, ó llevándolas en la mano, para evitar lo primero, las dejó caer, se percató de que no las tenía, y volvió á casa por si las había dejado puestas; no encontrándolas se sentó aguardando á que pasasen, como aquel borracho, que viendo dar vueltas á la calle esperaba á que llegase su casa para meterse en ella. Y esperando, esperando, se durmió su merced y soñó todo eso.

El patrón, algo amostazado, repuso:

—No soy amigo de porfías. Apenas amanezca iré á la Trinidad y veré...

—¿A quién? interrogó Conejito.

—Al hermano Pérez, para que venga conmigo á la ermita, y sino al lego que recogió mi luz y al que reconocería entre mil: un mozo largo y delgado á manera de mástil, el cerquillo más negro que la tempestad, la cara triste como día sin sol y la cruz azul y roja sobre el pecho como santa esperanza en el corazón. Si los legos no quieren oirme, acudiré á fray Diego Andrade, y sino al mismo guardián.

Al toque de una campana levantóse de improviso el patrón exclamando:

—¡La misa de alba; allá voy!

La señora Fina abrió la ventana y apagó la luz del velón: comenzaba á amanecer.

—Corro, dijo llamando aparte á su esposo, no dejes solo al compadre; hay algo en su cara que me da miedo; acompañaile á la Trinidad, que allá me iré tras de vosotros.

—Te juro por cien corachas del habano, que si el compadre no está loco, se halla en camino. Poquito se reirán los legos con el relato de la procesión y las llaves perdidas. Ya estoy viéndole en romance como á Gonzalo del Carpio ó el moro Muza.

—Basta de dislates y acompañaile á la Trinidad, murmuró Fina con impaciencia.

El marido, mirándola serio, repuso:

—Ya voy, caracoles, que está su merced más grave que un muerto y más inflamable que pólvora seca.

—Perdona, Corro, no quise ofenderte; pero te suplico que vayas, dijo Fina con blandura.

—Si ya voy, mujer, si ya voy, murmuró Conejito poniéndose la capa y alcanzando al patrón en el patio.

Cuando ambos compadres llegaron al convento acababan de abrir la iglesia. Ellos fueron los primeros en entrar. El tío Pedro, acercándose á un lego que con un manojo de llaves en la mano se dirigía á otro lado, díjole:

—¿Quiere su merced hacerme el favor de llamar al hermano Pérez?

El lego obedeció.

—Hermano Pérez, dijo al divisarle el patrón, en los Martiricos, en el banco frontero al púlpito, he dejado dos llaves, una más recia que otra, ambas unidas por una cadenita de hierro: si su merced no lo tiene á mal, podría darme la llave de la ermita, ó venir conmigo para recogerlas.

El lego contestó:

—Ayer tarde se limpió toda la capilla y nada vimos.

—No las perdí ayer tarde, sino en la función de esta noche, añadió el tío Pedro.

Abarcóle el lego de pies á cabeza con la más impertinente curiosidad, y apartando luego del patrón la vista, díjole con desdén:

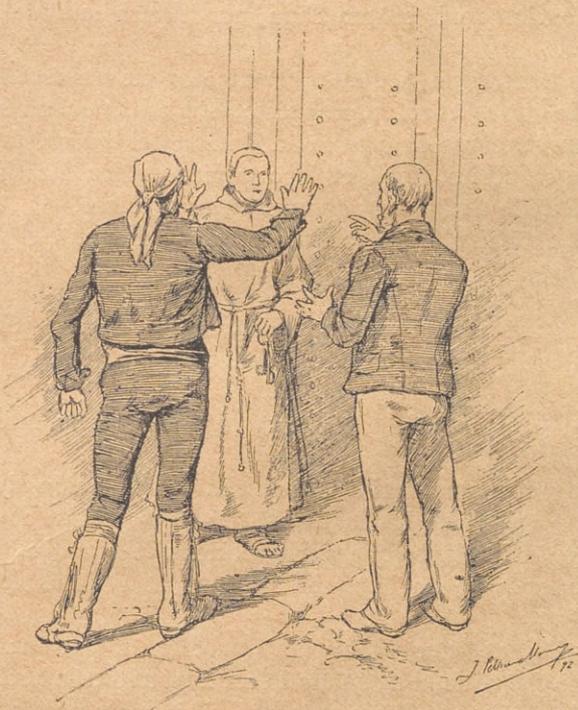
—Desde ayer tarde tengo las llaves de la ermita: si el aguardiente con que habréis matado el gusanillo se os ha subido á la cabeza, dormid la mona y dejadme en paz.

—¡Aguardiente él! exclamó Conejito; si se desayuna con galleta mojada en la mar.

—Pues si no está bebido estará loco, dijo el lego.

—El bebido ó el loco será su merced, respondió indignado el tío Pedro.

El hermano Pérez crecióse y con aire altanero repuso:



—¡Ea, largo de aquí, ó le arrojé del templo como Jesús arrojó á los mercaderes!

Y el lego alzó el brazo con aire de amenaza.

—¿A mí? exclamó el patrón. ¡Una andanada que me echase á pique! Lo veríamos.

El lego fué á descargar el golpe; mas Conejito con la rapidez del pensamiento le detuvo el brazo diciendo con brío:

—¡Vaya, hermano, que para aspirar su merced al sacerdocio tiene poca paciencia y menos cortesía! Calma, calma, y no hagamos la casa de Dios campo de pelea.

Estas palabras llegaron á oídos de un trinitario que desde lejos viera la acción del lego.

Éste, al sentirse aislado, volvióse colérico, mas deteniéndose súbito bajó los ojos avergonzado. Acababa de divisar al religioso. Era nada menos que el guardián, anciano de cerquillo blanco, como su hábito, y de mejillas frescas y sonrosadas como las de un niño. Acercóse al grupo y poniendo la mano sobre el hombro de Conejito preguntó sonriendo:

—¿Qué pasa aquí?

Sorprendido el tío Corro, tardó en responder, y adelantándosele el lego dijo:

—Sepa su paternidad que este hombre, y señaló al patrón, ebrio ó demente, porfía haber estado esta noche en los Martiricos donde dice haber perdido las llaves de su casa.

—¿Y queriais convencerle de lo contrario á bofetones? observó el religioso.

Y volviéndose al patrón, preguntóle con quién y cómo había entrado en la capilla.

—Con la procesión que venía de la ciudad. Divisé de lejos el resplandor de las luces, paréme sorprendido, la ví atravesar el Guadalupe y cuando se dirigía hacia...

—Ya me lo contaréis despacio, dijo el guardián interrumpiéndole y mandando al lego que trajese las llaves de la ermita.

Cuando las tuvo llamó á otro hermano de piernas largas como los cigarrones, y entregándoselas mandóle ir y volver sin pérdida de tiempo á los Martiricos, recorrer toda la capilla y traer dos llaves que allí debían haber quedado.

El lego zancudo partió de prisa, alzándose el hábito para correr más; el hermano Pérez se retiró mohino, y el padre guardián se llevó á la sacristía al patrón seguido del tío Corro y la señora Fina, que llegara en aquel momento.

En la sacristía, sentado el religioso en un escaño y á su lado el tío Pedro, repitió éste, sin faltar en un ápice, cuanto contado había en la habitación del casero. Al terminar su relato, llegó el lego enviado á los Martiricos; seguíanle la tía María y algunos otros curiosos.

Al divisar al lego, preguntóle sencillamente el guardián:

—¿Se encontraron?

—En el brazal derecho del banco que mira al púlpito. Aquí las tiene su paternidad, replicó el lego presentándole dos llaves.

—¡Si yo no soñaba! exclamó el patrón vivamente conmovido.

La punzante sonrisa que durante la relación del tío Pedro vagara por los labios de Conejito, helóse al oír al lego y ver las llaves que tan conocidas le eran. Pálido y mudo apoyóse en la pared porque las rodillas le flaqueaban.

—No, no mentís, dijo el guardián al patrón; pero tampoco mentía el hermano Pérez negando esos hechos.

El antiguo marinero se irguió súbito para protestar de lo que oía.

El trinitario prosiguió:

—Por un misterio que sólo Dios alcanza y de una manera maravillosa, habéis entrado en un sitio cerrado desde ayer á todo ser viviente. Habéis entrado á media noche, entre preces y cantos, luces y espíritus que no son de este mundo, pues el padre Andrade y el lego que decís há dos años que murieron.

—¡No viven! luego aquella multitud, la mujer del niño, el mancebo del estandarte... ¡Ah, sí, sí, eran ellos! gritó con violento arranque el patrón desplomándose en el escaño y doblándose sobre sí mismo cual libro que se cierra.

Hubo un momento de profundo estupor. Dominóle el religioso levantándole y diciendo al tío Pedro:

—Alentad, hermano, erguid la frente y decidnos, si podéis, dónde están las sepulturas de los dos mártires.

El interpelado no respondió.

El tío Corro y su esposa, que lo escucharan todo de pie, se acercaron para incorporarle; cuando lo hubieron conseguido, creyéndole presa de un síncope, comenzaron á frotarle los pulsos y hacerle respirar vinagre. Después de haberle prodigado otros muchos socorros, el guardián, que lo miraba atento, tocóle las sienes, túvole la mano largo rato sobre el corazón, y al fin, irguiéndose pálido como un cadáver, dijo con voz profundamente alterada:

—Hermanos, Dios ha querido hoy probarnos su omnipotencia por medio de este hombre de fe ardiente y corazón sencillo, haciéndole ver en vida parte de su gloria, y llamándole á sí, apenas nos ha dado testimonio de su ver-

dad... Cuanto hagamos para que se recobre es inútil: está muerto.

—¡Muerto! exclamaron los circunstantes.

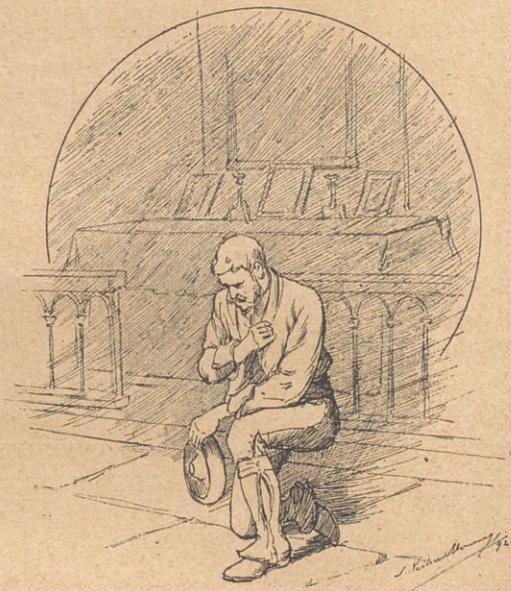
El guardián siguió:

—El dichoso que habrá encontrado ya el premio de su fe. Porque Dios dijo á los hombres: «De todos los que aman, creen y esperan es el reino de los cielos.»

Y murmurando el *sub venite*, bendijo el cadáver y comenzó una plegaria. Todos se arrodillaron repitiendo á su vez la oración dominical.

Cuando la confusión que excitó aquel suceso se hubo calmado, el guardián dió algunas órdenes, y mandando despejar la sacristía, se retiró.

La tía María fué la primera en salir, ganosa de vociferar el milagro. La señora Fina, pálida, trémula y con el corazón opreso, miró á todos lados buscando á su esposo. No hallándole en la sacristía pasó á la iglesia: allí, en una



capilla apartada y oscura, ante un gran crucifijo, le encontró de hinojos, hiriéndose con ambas manos el pecho y repitiendo con voz contrita:

—¡Creo, creo en Dios padre todopoderoso!

Entonces la mujer piadosa cayó de rodillas, y levantando la mirada y los brazos á la altura, dijo con viva gratitud, aunque anegada en llanto:

—¡Gracias, Dios mío!

MARÍA MENDOZA DE VIVES.

Un Papa catalán

DEBEMOS recordar con santo y noble orgullo, que en el siglo IV gobernaban el mundo dos españoles: en lo espiritual san Dámaso, papa, y en lo temporal Teodosio, emperador romano, nacido éste en Itálica, ciudad próxima á Sevilla, cuyas ruinas inspiraron la famosa oda. No sé de otra nación que pueda ostentar título de gloria igual al que tiene España, por haber dado á un tiempo á la Iglesia un Vicario de Jesucristo, al cielo un santo y al imperio un soberano, calificado éste de Grande por los historiadores.

Por los años de 304 vino al mundo san Dámaso, un año después de comenzada la persecución de Diocleciano (303) tan terrible y sangrienta que se la conoce por Era de los Mártires; y á los nueve años de nacido (313) el

edicto de Milán daba la paz á la Iglesia. La cruz, suplicio infamante antes de morir en ella Jesucristo, habíase convertido en el Lábaro con el cual Constantino coronó su estandarte y venció á Magencio en la batalla del puente Milvio. De la niñez de san Dámaso poco se sabe. Su padre Antonio fué á Roma con su familia, compuesta de su mujer y dos hijos, el mayor Dámaso y la menor Irene, y como hubiese enviudado recibió órdenes religiosas, siendo agregado como presbítero á la parroquia de San Lorenzo. Dámaso, de puras costumbres y rara erudición, también abrazó el estado eclesiástico, sirvió en la misma iglesia que su padre, y fué, según san Jerónimo, el modelo que á todos se les proponía para imitar. Cuando se reunió el concilio de Nicea, cuya primera sesión se celebró el 19 de Julio de 325, san Dámaso tenía veintiún años. A este tan famoso concilio no pudo asistir el papa san Silvestre por su avanzada edad, y envió como legados á Osio, otro español, obispo de Córdoba, y á Vito y Vicente, presbíteros de la Iglesia romana. Osio presidió el concilio en nombre del Papa, y algunos le atribuyen la altísima honra de haber dictado la profesión de Fe, el Credo, aprobado por todos los Padres, excepción de diez y siete arrianos, que luego quedaron reducidos á cinco. En vida de san Dámaso la Iglesia pasó de las catacumbas al concilio de Nicea, el primero ecuménico, al cual asistieron trescientos diez y ocho obispos de todos los puntos del mundo, entre ellos muchos venerados hoy en los altares, siendo en gran número los que ostentaban en su cuerpo las gloriosas cicatrices del martirio sufrido por la fe de Jesucristo. En un trono se colocaron los Evangelios, y Constantino, que llevaba manto bordado de oro y adornado de piedras preciosas, se sentó en una pequeña silla de oro que para su uso se había colocado en el centro de la sala. El emperador, que había concedido á los obispos que se pusieran en camino para asistir al concilio, caballos de posta, que sólo por imperial permiso podían usar los particulares, mantuvo durante dos meses á los prelados, sacerdotes, diáconos y acólitos reunidos en Nicea.

El emperador Constancio, sucesor de Constantino, influido por los arrianos, arrojó de la silla de san Pedro al papa Liberio; y el día mismo que le cogieron para llevarle al lugar de su destierro, san Dámaso, que era entonces diácono de la Iglesia romana, se obligó con juramento ante el pueblo, con todo lo restante del clero, á no recibir otro papa mientras viviese Liberio, á quien acompañó algún tiempo en Berca de Francia, donde le sirvió de mucho consuelo; y el desterrado Papa le anunció que le sucedería en la Silla Pontifical. Liberio pudo volver á Roma, y se sirvió de los consejos y pericia de san Dámaso en todos los negocios difíciles de la Iglesia. Murió el 9 de Septiembre de 366, y el 15 del mismo mes fué elegido papa san Dámaso, que contaba sesenta y dos años, no encontrándose persona más digna de ocupar la Santa Sede.

San Ambrosio dice que fué elegido para el pontificado por juicio divino; san Jerónimo, dirigiéndose á Pamachio, escribe de él, entre otros muy grandes loores, que fué virgen, como verdadero y bienaventurado pontífice de la Santa Iglesia, limpio y sin mancilla, y el concilio de Calcedonia le llama ornamento y gloria de Roma. Graves disgustos tuvo; pero su confianza en Dios, su firmeza, su caridad y sabiduría le dieron fuerzas para confundir á sus enemigos, que unas veces acudieron á la violencia, otras á la calumnia y muchas á la intriga. Un historiador, Artaud de Montor, dice que fué tolerante con toda suerte

de injurias personales; pero jamás consintió que la Iglesia fuese injuriada, y con exquisito tacto supo distinguir perfectamente las ofensas dirigidas contra su persona, que siempre perdonó cuando no ofendían al dogma de que era representante. El año 369 ó 370 juntó en Roma un concilio de muchos obispos para atajar al arrianismo, y un segundo en la misma ciudad en 373, al que asistieron noventa y tres obispos y en el cual se confirmó la fe de Nicea. En 377 reunió otro concilio también en Roma. El de Aquilea se juntó el año 381. Cuidó san Dámaso de desterrar las herejías del mundo cristiano, de reformar las costumbres y cortar los abusos que se habían introducido entre los fieles; y queriendo el emperador Teodosio que reinara en el imperio la uniformidad de la fe de Nicea en toda su pureza, publicó una ley en que advertía que solamente serían reputados católicos los que siguiesen la fe que enseñaba el papa san Dámaso. San Jerónimo le escribía: «Como yo hago profesión, Santísimo Padre, de no seguir á otro capitán que Jesucristo, estoy inviolablemente unido á la comunión de Vuestra Santidad, que es decir de la Cátedra de san Pedro. Sé que la Iglesia ha sido edificada sobre esta piedra; cualquiera que come el cordero fuera de esta casa es profano; el que no esté dentro del Arca de Noé perecerá en el diluvio.» El maestro Alonso de Villegas dice en su *Flos Sanctorum*: «Con estas diligencias del santo pontífice Dámaso se vió en la Iglesia de Dios todo en paz y quietud, ayudando para ella el emperador Teodosio, que también era español.»

El padre Croiset se expresa en el *Año Cristiano* en los siguientes términos: «Su caridad era universal; no hubo quien no experimentase sus efectos. Para asegurar más bien la paz que había procurado á la Iglesia con su celo y sus cuidados, juntó en Roma un concilio de muchas provincias de Oriente y Occidente, en el que se encontraron san Ambrosio de Milán, san Valeriano de Aquilea y san Ascolio de Tesalónica; y los orientales llevaron consigo á san Jerónimo, el que lleno de estimación y veneración á tan gran Santo, se quedó con él para servirle de secretario y ayudarle á responder á las consultas que le enviaban los concilios de diversas iglesias. El santo Papa le había ya consultado muchas veces sobre varias cuestiones de la Escritura y le había ya empeñado á corregir la versión latina del Nuevo Testamento, para hacerla conforme al griego, con cuyo motivo hizo una nueva versión, que la lengua latina adoptó después para el uso público y que se llama *Vulgata*.»

Edificó algunos templos en Roma, uno dentro de la ciudad en honor de su compatriota san Lorenzo mártir, nacido en Huesca, y otro en la Via-Ardentina, donde consagró el sitio llamado la Platonía, que fué algún tiempo sepultura de san Pedro y san Pablo. Ordenó que el sacerdote, antes de comenzar la Misa, dijese la Confesión, y mandó, por consejo de san Jerónimo, que se dijera *Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto* al fin de cada salmo. Las verdaderas obras de san Dámaso se imprimieron en París en 1672. Federico Ubaldini había publicado una edición en 1630, y en Roma se hizo otra en 1638. En 1754 dió á luz la suya el canónigo Antonio María Merenda. Murió san Dámaso un miércoles, día 11 de Diciembre de 384, á la edad de ochenta años, habiendo ocupado la silla de san Pedro diez y ocho años, tres meses y once días. Fué sepultado en la Basílica de los Apóstoles, que él fundó, donde estaban enterrados su madre y su hermano, pero después sus restos fueron trasladados á la iglesia de San Lorenzo in Dámaso, también por él edificada. «San Jeróni-



LA HIJA DE JAIRO. — CUADRO DE L. FELDMANN



UNA CANCIÓN DEL TIEMPO VIEJO. — CUADRO DE D. VAUTIER

mo, dice el padre Croiset, hace de él un magnífico elogio, le llama amante de la castidad, doctor virgen de la Iglesia virgen, hombre excelente y hábil en las santas Escrituras; y Teodoreto nos le representa como un pontífice de una eminente santidad y uno de los más grandes y más santos Papas de la Iglesia...»

En nuestra pequeñez no podemos expresar el asombro que causan tantas cosas y tantos hombres extraordinarios que suceden y viven desde el nacimiento de san Dámaso hasta su muerte. Tienen lugar las últimas persecuciones contra los cristianos; Constantino da la paz á la Iglesia; se celebra el primer Concilio Ecuménico y en él se dicta el símbolo de la Fe, el Credo; aparece y muere Arrio, cuya falsa doctrina perturba el imperio, da lugar á persecuciones, y san Dámaso logra que renazca la paz. Un emperador se llama Constantino, otro Teodosio. San Jerónimo hace la traducción de la Biblia conocida por *Vulgata* y es secretario de san Dámaso. San Atanasio era obispo de Alejandría, san Valeriano de Aquilea, san Ascolio de Tesalónica, san Potamor de Heraclea, san Pafnucio de la alta Tebaida, san Eustaquio de Antioquía, san Espiridión de Trimonte, san Asclepas de Gaza, san Eutropio de Andrinópolis, san Pablo de Neocesárea, san Alejandro de Alejandría, antes de serlo san Atanasio, san Simeón de Seleucia y Etesifonte, y habiendo sufrido el martirio, le sucedió su hermano san Sadoste, también martirizado por Sapor II, rey de Persia, que comenzó en 340 una persecución que regó sus Estados con la sangre de los cristianos, muriendo por la fe, entre muchos otros, san Miles, san Daniel, santa Barela ó Rosa. Durante la infancia de san Dámaso sufrieron los cristianos la persecución más terrible y más gloriosa para la Iglesia, que es la décima, suscitada por Diocleciano y Maximiliano, conocida por la Era de los Mártires. En su tiempo vive santa Elena y descubre, en su piadosa excursión á Jerusalén, el sepulcro y la Cruz del Salvador, y Constantino escribe á san Macario, obispo de la ciudad santa, una carta disponiendo que en el lugar del hallazgo se construya una basílica que exceda en hermosura y magnificencia á todas las demás iglesias y á los mejores edificios de las demás ciudades. De su siglo son san Juan, llamado Crisóstomo, que quiere decir *boca de oro*; san Bretanión, san Evagrio, san Eulogio, san Basilio, san Gregorio, san Melecio, san Pelagio, san Barceno, san Eusebio. Ocuparon la silla pontificia desde el nacimiento de san Dámaso hasta su elevación al pontificado, san Marcelino, san Marcelo mártir, san Eusebio, san Melquiades, san Silvestre, san Marcos, san Julio, san Liberio y san Félix mártir. Durante el pontificado de san Dámaso era obispo de Milán san Ambrosio, el que tres años después de la muerte de aquél debía bautizar en dicha ciudad á san Agustín, convertido á la fe de Cristo con gran júbilo de su madre santa Mónica; acto en el cual, según la tradición, exclamó san Ambrosio: *Te Deum laudamus*, contestando san Agustín *Te Dominum confitemur*, y prosiguiendo alternativamente hasta concluir himno tan sublime. Con ser tantos los santos citados, muchos más son los omitidos.

San Dámaso fué español: unos dicen que nacido en Tarragona, otros en Guimaraens (Portugal), que entonces formaba parte de España; Marineo Selenio le hace hijo de Madrid. En el Bullario (*Tauronencis*, editio MDCCCLVII) se consigna que san Dámaso era español, y que algunos creen había nacido en Roma. Pujades se funda, entre otras razones, para señalar la patria de san Dámaso, en unas palabras del Breviario viejo de Barcelona que dicen *Damasus Papa, natione Hispanus, ex agro Emporitano* (Dámaso,

Papa, de nación español, del campo Emporitano), y en la aserción de Antonio Geraldino, protonotario apostólico, de que san Dámaso era catalán, del lugar de Argelaguer. Se originó la duda de si el Argelaguer donde nació san Dámaso era el del Ampurdán, á media hora de Besalú, ó el del campo de Tarragona. Recordando que el Ampurdán formó, durante la dominación romana, parte de la España tarraconense, se hallará natural que se dijera de san Dámaso que era tarraconense, aunque hubiese venido al mundo en el Ampurdán. El inolvidable don Antonio de Bofarull observa, al tratar el asunto, que nunca ha existido el pueblo de Argelaguer en el campo de Tarragona, y sí sólo el de Argelaga. La tradición y muchos autores dicen que fué español; el Breviario viejo de Barcelona consigna que fué del campo Emporitano, y Geraldino señala el pueblo de su nacimiento, Argelaguer, que existe en el Ampurdán. Mientras otra cosa no se pruebe, los ampurdaneses debemos reclamar para nuestra hermosa comarca la gloria de haber nacido en ella san Dámaso.

TEODORO BARÓ.

Oda de Horacio

Iustum et tenacem propositi virum.

DE ciega plebe el vocear insano
no conmueve al varón constante y justo,
ni tuerce sus propósitos adusto
el ceño del tirano;
ni el austro, que del Adria remugiente
su rabia en la onda muestra;
ni de Jove potente
la fulminante vengadora diestra.
Si los orbes se hundieran,
las ruinas impertérrito le hirieran.

Pólux así y el vagaroso Alcides
han de la luz á la región subido;
así Augusto, á la par enaltecido
de entrambos adalides,
se recrea con célica ambrosía.
A la coyunda atados,
así tu carro un día,
Baco, arrastraron tigres no domados:
de Marte así en el coche
Rómulo huyó los reinos de la noche.

Al verle en medio el celestial congreso
Juno así en grato asiento prorrumpiera:
—Ilión, Ilión, una extranjera
y un juez torpe y avieso
polvo hicieron tus torres colosales;
que cuando lo pactado
negó á los inmortales
Laomedonte falaz, te entregó el hado
con tu caudillo impío
de Minerva al rigor y al furor mío.

De la adúltera griega el huésped altivo
no ostenta ya su gracia y donosura,
ni la casa de Príamo perjura
al formidable argivo
de Héctor contrasta ya con los blasones.
Fin á duelo prolijo
se dió y á discusiones;
y de odio exenta, el detestado hijo
de la frigia consorte,
yo entregaré á los brazos de Manorte.

Que á beber llegue el néctar regalado;
que á ocupar venga el tachonado asiento
de los dioses á par, yo lo consiento,
mientras que Ponto airado
entre la Italia é Ilión retumba,
reine el frigio doquiera
feliz, mientras la tumba
de Paris y Príamo la fiera

con su rugir insulte,
do sus cachorros sin temor oculte.
Enhorabuena el Capitolio erguido
la frente alza de brillo y gloria llena:
leyes imponga Roma enhorabuena
al medo sometido:
dilata altiva porque al mundo asombre
hasta el clima lejano
la fama de su nombre,
donde estrecho profundo al africano
separa de la España,
y á los campos que el fértil Nilo baña.

No con ardor sacrilego y osado
ose apropiarse el escondido oro;
desprecie fuerte el pérfido tesoro,
muy mejor colocado
en las entrañas de elevada sierra,
sus armas, sus pendones
extienda de la tierra
al último confín, de las regiones
que bruma eterno hielo,
hasta do Febo abrasa el mustio suelo.

Pero que no, del próspero destino
y su piedad ufanos y seguros,
reparar piensen de Ilión los muros:
los hijos de Quirino
con funestos auspicios renacieran,
y con horrible estruendo
de nuevo hundidos fueran,
de Júpiter supremo conduciendo
yo la hermana y la esposa
la hueste nuevamente victoriosa.

Si veces tres sus torres levantara
de bronce el rubio Dios, tres con el fuego
en polvo los tornara el valor griego:
tres cautiva llorara
al esposo y los hijos la matrona.
Mas ¿dó elevando el vuelo,
vas, musa juguetona?
Deja, deja las pláticas del cielo,
y no portento tanto
liviana amengües con tu humilde canto.

Traducción de
F. JAVIER DE BURGOS.

Justa y Rufina

JUSTITA y Rufinita Calandraca veían pasar la edad de sus ilusiones sin haber recibido la patente de elegantes yendo siquiera un año á San Sebastián.

Decididas á no pasar este verano en la corte, se arrojaron á los pies de su papá, suplicaron, lloraron y hasta le tiraron pellizquitos en las pantorrillas para enternecerle.

Don Urso accedió después de una semana de asedio, pero con las condiciones siguientes:

Estar en San Sebastián sólo diez días.

Hacer el viaje en segunda, con billete de ida y vuelta.

No bajar á comer en ninguna fonda del tránsito.

No ir al teatro en todo el próximo invierno y suprimir el postre durante cuatro meses.

No hacerles más que un solo traje á cada una de sus hijas.

La última condición era la más dura, porque, ¿quién se atreve á presentarse en el *boulevard* dos días seguidos con el mismo traje?

Conferenciaron largamente ambas hermanas sin ver solución para tan gran apuro.

Pero un cerebro en prensa discurre lo imposible, y Justita y Rufinita resolvieron presentarse con ocho trajes,

por más que, según convenio con su papá, sólo se harían dos, uno para cada hermana.



Justa se hizo un traje entero blanco y Rufina negro. Así se presentaron la primera tarde en la Concha,



pasando por dos señoritas francesas, que es el *desiderátum* de nuestras elegantes (!).

Al siguiente día, Justa se puso el traje negro y Rufina el blanco.

Los veraneantes creyeron que cada una de las hermanas tenía un traje blanco y otro negro, es decir, cuatro trajes entre las dos.



Dos ó tres días estuvieron cambiándose de traje, hasta que una noche de gran concurrencia en el *boulevard* deci-



dieron estrenar vestido. Y así lo hicieron presentándose una con un cuerpo negro y falda blanca; la otra cuerpo

blanco y falda negra. Bien contados ya llevaban, las dos hermanas, presentados seis trajes.

Quedaba otra combinación, realizada uno de los últimos días para despedida.

Justa, que se había presentado últimamente con cuerpo negro y falda blanca, cambió por cuerpo blanco y falda negra. Rufina lo contrario.

Y he aquí cómo estas dos señoritas lograron hacer creer que tenían ocho vestidos entre las dos.

Sin embargo, hay muchas personas que no tienen más ocupación ni sirven para otra cosa que para analizar si Fulano lleva alpargatas de pelotari ó si Perengano usa calcetines color verde digerible, y algunas de éstas corrieron la voz de haber descubierto la artimaña. Unos las llamaron *las de Sol y Sombra*, otros *las de Ron y Marrasquino*, y alguno acertó con sus nombres comparándolas á las Santas Justa y Rufina de un cantar popular muy conocido.

El sexo débil tiene debilidades como las de Justa y Rufina; debilidades no sólo perdonables sino adorables. Pero ¡ellos! ellos son peores, y sus debilidades son imperdonables, porque no pertenecen á su sexo.

MELITÓN GONZÁLEZ.

NUESTROS GRABADOS

Empresa dificultosa

CUADRO DE P. MASSANI

¡Qué verdad respiran los dos viejecitos de este cuadro! Tipos italianos, hábilmente copiados por el autor, ofrecen un carácter simpático, porque revelan ser uno de esos matrimonios que han vivido largos años sin una nube que empañara el horizonte conyugal. El animado viejo quiere todavía dar muestra de que los años no le han embotado los sentidos, y para acreditarlo pretende enhebrar una aguja, para lo cual se requiere buen pulso y buena vista. No es la empresa fácil, y por esto su mujer le contempla sonriendo, en la seguridad de que ha de acabar por pasarle el hilo y la aguja, dándose por vencido. La expresión de las dos figuras está interpretada con peregrino ingenio, viéndose éste además en todos los pormenores de esta interesante pintura.

La hija de Jairo

CUADRO DE L. FELDMANN

El autor de este lienzo ha tomado por tema los siguientes versículos del Evangelio de san Lucas:

«Y vino un hombre llamado Jairo, que era príncipe de la Sinagoga, y postrándose á los pies de Jesús, le rogaba que entrase en su casa.

»Porque tenía una hija única como de doce años, y se estaba muriendo...»

«Aun no había acabado de hablar, cuando vino uno al príncipe de la Sinagoga y le dijo: Muerta está tu hija, no la molestes.

»Mas Jesús cuando esto oyó, dijo al padre de la muchacha: No temas, cree tan solamente y será sana.

»Y cuando llegó á la casa, no dejó entrar consigo á ninguno, sino á Pedro, y á Santiago, y á Juan, y al padre, y á la madre de la muchacha.

»Y todos lloraban y la plañían. Y él dijo: No lloréis, no es muerta la muchacha, sino que duerme.

»Y se le burlaban sabiendo que era muerta.

»Mas él la tomó por la mano y dijo en alta voz: Muchacha, levántate.

»Y volvió el espíritu á ella y se levantó luego.»

Con profundo sentimiento ha tratado el autor L. Feldmann este asunto. Es majestuosa la cabeza y toda la figura de Nuestro Señor Jesucristo y hay verdad naturalista al par que una expresión ideal en la resucitada hija de Jairo. Todos los circunstantes con sus actitudes y sus rostros contribuyen á imprimir á la escena la grandeza y el sentimiento religioso que ha de tener, según los citados versículos del Evangelio. Feldmann, á juzgar por esta pintura, pertenece á la escuela que se inició en Alemania y que ha pasado después á Inglaterra y Francia, que trata de implantar en la pintura religiosa una suerte de naturalismo, singularmente en los personajes que rodean el Salvador. Tomando pie de lo que hicieron los

pintores del siglo XVI, quienes al ejecutar temas del Evangelio vistieron á sus personajes con trajes de la época en que vivían y del lugar en que habitaban, reproduciendo el Veronés, por ejemplo, patricios venecianos y hombres del pueblo como los que se veían en la plaza de San Marcos, y así por semejante modo Rubens y Rembrandt en sus respectivos cuadros, han querido ahora tratar también los pintores contemporáneos idénticos asuntos, sacando de la realidad viviente las piadosas figuras que rodean á Jesús en estas escenas. Feldmann no ha llevado á la exageración este criterio, al revés de lo que han hecho algunos pintores franceses del día, de gran talento pictórico, quienes, verbigracia, al pintar al Señor en casa de Levi lo han presentado rodeado de judíos, retrato de personas de esta religión muy conocidas en los círculos parisienses. El pintor alemán, que siente con vigor, se ha contenido en el límite en el que, traspasándolo, podía ser irreverente el cuadro, lo cual no acontece en el suyo, que, antes al contrario, respira un espíritu cristiano y una idealidad dignos del mayor encomio, por cuyo motivo lo reproducimos en este número.

Una canción del tiempo viejo

CUADRO DE B. VAUTIER

Mientras hila el copo la hermosa doncella que se ve en este cuadro, está cantando una vieja canción que escucha atentamente la anciana sentada cerca de ella. Todos los países poseen un rico tesoro de estos cantos, en los cuales el espíritu nacional se halla íntimamente encarnado. Todos ellos tienen cierta melancolía, circunstancia que se nota hasta en los más regocijados y á la que ayuda poderosamente la música, por lo común en tiempo lento y con notas sostenidas, que en ciertos casos se pierden como si fuesen á morir en el espacio. Las narraciones que á veces forman el tejido de estos cantos, constituyen como unos esbozos de drama, de un sentimiento vivísimo, y en los que el amor desempeña principal papel. ¿Será también canción de amor la que dice la garrida doncella? ¿Avivará en ella esperanzas, y por lo contrario, recuerdos tristes en la anciana que la escucha? El artista ha pintado el tema con mucha elegancia, que se nota en todos los detalles, y á la vez le ha impreso una cierta melancolía, muy acorde con el carácter que, conforme hemos dicho, suelen tener en todos los pueblos del mundo las hermosas canciones del tiempo viejo.

Mesa revuelta

Merece ser conocida, por lo curiosa, la fabricación de las agujas. Para ella se emplea hilo de acero de la mejor calidad. Una vez desbastado el acero y pasado por la hilera, se le parte en pedacitos iguales. Estos pedacitos pasan á las manos de otros obreros que, en un yunque, aplanan lo que debe ser la cabeza de la aguja: hecho esto se pasan por el fuego para recocer el acero, y después otro obrero, armado de un punzón, hace, sobre el yunque, un agujero en el cabo aplanado, que es el ojo de la aguja: á cada lado del ojo se practica, con la lima, una pequeña ranura destinada á recibir el hilo, y finalmente se hace la punta, lo cual se consigue pasando el extremo opuesto al ojo por una piedra de esmeril que da vueltas movida por una rueda de mano. Esta última operación, á causa del polvillo que levanta, era muy perjudicial para los obreros; pero este inconveniente desapareció merced al invento del obrero inglés Prior, en 1809, que consiste en un mecanismo que echa el polvo en determinada dirección por medio del viento de un soplete. Acabada así la aguja, ha de sufrir todavía otras operaciones, como el temple, el pulirla, el desengrasarla y afinarla. La perfección de las agujas no sólo consiste en lo fino y templado del acero, sino en que la punta esté verdaderamente en el eje de resistencia, y también en que el ojo no rompa el hilo por el roce. Estas excelencias son precisamente las que han dado fama á las agujas inglesas de buena marca.

* * *

Se dice algunas veces de una persona que aparenta estar meditando profundamente, que «parece Mario me-

ditando sobre las ruinas de Cartago.» Mario, famoso guerrero romano, nació en Arpino de padres pobres y oscuros. En el año 621 de Roma, durante el sitio de Numancia, el valor, la aptitud y el espíritu de disciplina de Mario merecieron la atención y la estima de Escipión Emiliano, quien le confió importantes comisiones, desempeñadas por Mario de una manera tan brillante que pronto fué la admiración de todo el ejército.

Su ambición igualaba á su talento, y pronto no disimuló sus pretensiones al consulado. Efectivamente, fué seis veces cónsul y obtuvo repetidos honores de triunfador. Viejo ya, quiso, á pesar de sus achaques, tomar el mando del ejército mandado por el Senado romano contra Mitrídates, rey del Ponto. El Senado escogió á Sila: Mario se hizo nombrar por el pueblo, y ésta fué la señal de una guerra civil que bien pronto puso á Roma á fuego y sangre. Mario, desterrado de Roma y acosado por las facciones contrarias, tomó un navío que le proporcionaron sus amigos y pasó al Africa; pero el gobernador de la provincia romana donde desembarcó le ordenó marchar de allí. —Vé y dí á tu señor, dijo Mario al enviado, que has visto á Cayo Mario desterrado y fugitivo errar entre las ruinas de Cartago.

* * *

En un banquete de amigos se suscitó la cuestión de los grandes comedores y se citaron ejemplos de apetito prodigioso.

—Todo eso que cuentan ustedes no vale nada, dijo un militar de los presentes; yo tengo en mi compañía un soldado que sin gran esfuerzo se come una vaca entera.

Muestras de incredulidad en todos los comensales; pero el capitán insiste y propone una apuesta, que es aceptada por sus compañeros. El día señalado van todos á la fonda convenida. El capitán, á fin de que el tiburón de su compañía tuviese el apetito más aguzado y permanente, había mandado aderezar con varios guisos y salsas los diferentes trozos de la vaca. Siéntase á la mesa el soldado, y un guiso tras otro despacha con admirable celeridad las tres cuartas partes de la res. Los de la apuesta que se hallaban presentes, empezaron á darla por perdida, y mucho más cuando oyeron que el soldado decía:

—Mi capitán, me parece que ya puede usted mandar que me traigan la vaca, de lo contrario no respondo de que gane usted la apuesta. Y era que el tragón del soldado había creído que los platos que hasta entonces le habían servido eran sólo para hacer boca.

* * *

Dos lugareños del bajo Aragón pidieron en un café de Zaragoza magras con tomate; les contestaron que no había, pero que les servirían otra cosa.

—Pues bien; venga una tortilla de huevos con tocino.

Como tampoco se la proporcionaban, preguntaron impacientes qué podrían tomar. Les manifestaron que les sacarían ron, marrasquino, menta, coñac, etc. No entendiendo lo que significaban nombres tan raros, creyeron que se burlaban de ellos, y le dijeron furiosos al mozo:

—Tráenos un par de alpargatas á cada uno y nos iremos para no volver más aquí.

* * *

Siendo un viejo demasíadamente avaricioso en las cosas del servicio de su casa, lo era en extremo y fuera de compás en esto: que si veía encendidas dos lumbres, mataba la una; y si candela fuera de la mesa ardía, hacía lo

mesmo. Por tiempo vino á doler; y no dándole vida y estando *in extremis*, encendióle una candela un hijo; y estando diciendo:—Padre, acordaos de la pasión de Dios, le respondió:—Ya me acuerdo, hijo; pero mira tú que te acuerdes, que acabando que acabe de dar mi alma á Dios, mates la candela.

* * *

Se ha planteado en Inglaterra un establecimiento para la desecación de sustancias, empleando aire frío previamente desprovisto de la humedad que contuviera. Las maderas verdes y recién cortadas por este medio quedan en muy poco tiempo en disposición de ser empleadas en la ebanistería y carpintería, completamente secas, sin alteración en el tejido leñoso y con una cuarta parte de peso menos que antes de la desecación.

La carne desecada por este procedimiento, resulta imputrescible durante un largo período, y puede conservarse en perfecto estado por mucho tiempo. Los pescados, las frutas, las legumbres y gran número de otros productos, son de este modo preparados para una conservación indefinida, ofreciendo grandes recursos para la alimentación en los buques, y evitando en ellos el uso de carnes saladas, perjudiciales á la salud y propensas á hacer declarar la enfermedad del escorbuto. El precio á que resulta la operación es muy económico.

* * *

Para conservar las uvas es muy sencillo y económico el procedimiento de recubrirlas con arcilla blanca, la cual al secarse forma una capa que impide á la acción del aire y humedad que pudra la uva. Además, los granos cubiertos por la arcilla no frotan entre sí, y no se rompen con el transporte. Para comer la fruta hay antes que lavar los racimos con agua.

* * *

El dolor de muelas puede combatirse con la siguiente receta:

Extracto de opio.	0'5 gramos.
Alcanfor.	0'5 »
Bálsamo del Perú líquido.	0'5 »
Almáciga.	1'— »
Cloroformo.	10'— »

Mézclense estas sustancias, é introdúzcase el bálsamo resultante en el hueco producido en la muela enferma.

* * *

Cuando las manchas de tinta son recientes, basta generalmente, para que desaparezcan de las telas blancas, lavarlas con agua y jabonarlas; después ya no queda más que quitar la señal de la mancha formada por el óxido de hierro, mojándola en ácido sulfúrico ó clorhídrico muy dilatado en agua. Si las manchas son antiguas, es preciso aumentar la cantidad de ácido en proporción de una parte de ácido por diez de agua poco más ó menos; también se puede, en este caso, emplear sal de acederas, ó bien el ácido oxálico, pero solamente para las telas blancas de algodón ó de lino. El vinagre blanco muy fuerte conviene mejor para las telas de color. Cuando las manchas resisten al empleo de la sal de las acederas, es necesario, después de frotarlas ligeramente con esta sustancia, añadir una sal de estaño, el cloruro, por ejemplo, ya disuelto, y frotar de nuevo durante algunos momentos.

* * *

Lo empezado es medio hecho.—HORACIO.

* * *

Es preferible que la maldad quede impune á que una buena acción quede sin recompensa.—PLAUTO.

* * *

El primer castigo del culpable, es que la conciencia le juzga y no le absuelve nunca.—JUVENAL.

* * *

Tenemos siempre más miedo que mal, y la realidad nos atormenta menos que la imaginación.—SÉNECA.

Recreos instructivos

IX

—¿Y qué vamos á hacer? los proyectos abundan; pero se necesita más tiempo del que disponemos para realizarlos.

—Sí; y además, como siempre se presentan casos imprevistos, como las festividades, y las cacerías, y las visitas de amigos. ¿Pues no decía Clarita que se le hacía largo el tiempo en la campaña?

—Y lo sostengo, Sofía; se me hacía el tiempo largo; pero ahora no: gracias á la variedad de nuestros pasatiempos.

—Bueno: pues, abreviemos razones y vayamos á los experimentos; ¿cuál es el primero de la lista? Don Segundo, usted tiene la palabra.

—El primero consistirá en cortar el hielo sin dividirlo; parece un enigma, ¿eh? pero no lo es: vamos á buscar un pedazo de hielo.

—Aquí está: ¿qué hay que hacer?

—Ustedes saben que la manteca y el jabón se cortan con un alambre delgado, sujeto por sus dos extremos por un asa de madera: pues bien, ¿no les parece que, abarcando con un triángulo de alambre ese trozo de hielo, y poniendo al extremo del alambre una pesa para equiparar el esfuerzo que se necesita para hacer pasar el alambre al través del hielo, éste se dividirá en dos pedazos?

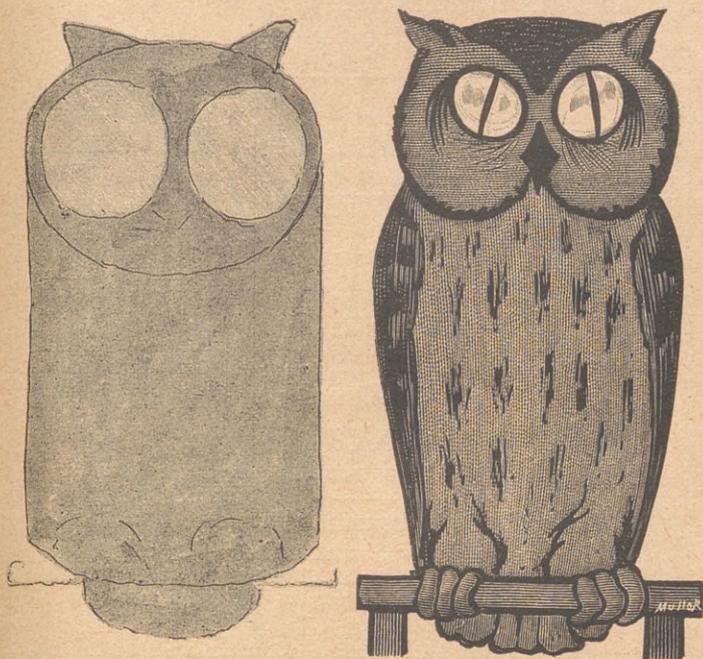
—Es natural.

—Pues no lo es; el alambre irá cortando el hielo, al bajar, atraído por el peso; mas como se cerrará inmediatamente después el corte producido en el hielo, el alambre y el peso caerán en el suelo después de haber *cortado sin dividir* el pedazo de hielo.

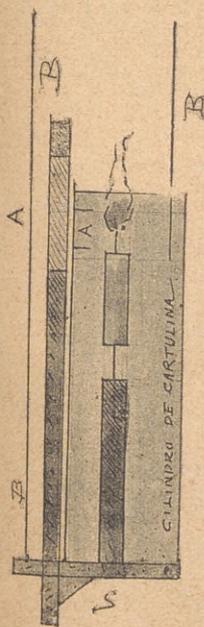
—¡Parece mentira! mira cómo va bajando, bajando y está á punto de salir del hielo y no lo ha partido en dos! ¿en qué consiste esto?

—El alambre, por su temperatura superior al hielo, funde con su presión el sitio donde toca: estando en contacto de la masa helada, tiene el poder de fundir ó hacer pasar al estado líquido el agua solidificada; pero al descender abandona su antiguo cauce, y entonces la influencia refrigerante de la masa total vuelve á solidificar el corte líquido, y por consecuencia á unirlo. Esto prueba que en la lucha de influencias físicas, se sobrepone siempre la que representa mayor masa; así se explica que cuando prevalece la frialdad en la atmósfera, prodúcese la nieve, y cuando es mayor ó más sensible el efecto de los rayos solares se funde la nieve, se convierte en agua y se resuelve en nubes de esas tan hermosas y arreboladas que se ciernen por la atmósfera. ¿Pero qué hay? ¿es que nos llaman por ahí?

—Sí, señor; nos recuerdan que hay que preparar la iluminación veneciana para la noche del domingo: ¿cómo vamos á arreglarlo sin faroles?



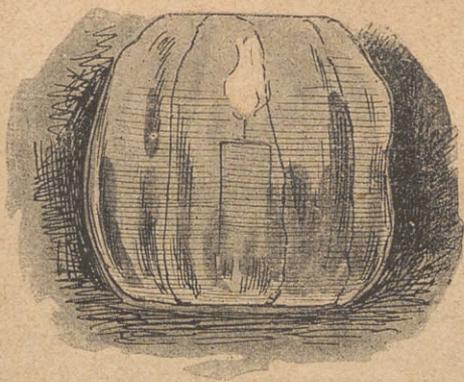
—Ya se compondrá todo; ahora voy á dar disposiciones como un general, y si se cumplen al pie de la letra... ¿Están ya aquí las calabazas vacías y los pimientos verdes y colorados?



—Están.
—¿Y la cartulina, cañas y madera que encargué al colono?

—También.
—Pues ahí van los dibujos para la construcción de los faroles; éste, hecho con cartulina y madera, semejará un buho, saliendo la luz por sus lívidos ojazos; á recortar, pues, la cartulina, siguiendo la forma indicada, y luego, á tenor de este diseño se colocarán los firmes de madera y la vela; suspendiéndolo por dos alambres junto á la pared; en las calabazas hay que abrir esos agujeros que de lejos simularán los ojos, nariz y boca de la cabeza de un monstruo mofletudo; para eso os encargué que hicieseis un agujero debajo de las calabazas cuando estaban

en la planta y ya veis qué bien vaciadas quedaron. Los pimientos serán cortados por los dos polos, desembarazados



de la cápsula interior, y van á darnos, con un cabo de vela puesto dentro, unas linternas venecianas de hermoso

reflejo; las pondremos alternando las verdes con las rojas y será cosa de ver; pero sobre todo que no se entere nadie de estos preparativos; iremos á trabajar al granero y á componerlo todo entre los tres, nadie ha de saberlo hasta que se vea el efecto general.

—Aprobado: por mi parte me comprometo á guardar el secreto más impenetrable.



—Sea, pues; y que hablen de ello luego los periódicos; vamos al granero, y adelante con los faroles.

JULIÁN.

Solución al logogrifo numérico:

JILGUERO
GARRERO
ELEJIR
ELJO
LORO
REO
LO
J

CUADRADO MÁGICO

R	R	R	R
S	S	S	S
A	A	A	A

Llenar con letras los cuatro cuádrillos en blanco hasta que resulten en todos sentidos siete palabras diferentes.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Velada*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.^ª*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

SECCIÓN DE ANUNCIOS

CRISTOBAL COLON

SU VIDA.—SUS VIAJES.—SUS DESCUBRIMIENTOS

POR

D. JOSÉ MARÍA ASENSIO

ESPLÉNDIDA EDICIÓN ilustrada con magníficas oleografías, copia de famosos cuadros de artistas españoles, tales como: BALACA CANO, JOVER, MADRAZO, MUÑOZ DEGRAN, ORTEGO, PUEBLA, ROSALES, SOLER.—Se publica por cuadernos de cuatro entregas de ocho páginas á UN REAL la entrega

EL CONTINENTE MISTERIOSO

LAS FUENTES DEL NILO.—LOS GRANDES LAGOS DEL ÁFRICA ECUATORIAL.—DEL RIO LIVINGSTONE AL OCEANO ATLÁNTICO

ESPLÉNDIDA EDICIÓN

Adornada con láminas sueltas, grabados en el texto y varios mapas iluminados

ÚNICA TRADUCCIÓN AUTORIZADA POR EL AUTOR

La importante obra EL CONTINENTE MISTERIOSO se publica por entregas de cuatro páginas en folio y se reparte por cuadernos de ocho entregas al precio de 4 reales el cuaderno. Su coste total es de 100 reales.

EN EL ÁFRICA TENEBROSA

HISTORIA DE LA EXPEDICIÓN EMPRENDIDA EN BUSCA Y AUXILIO

DE

EMIN

GOBERNADOR DE LA PROVINCIA ECUATORIAL EGIPCIA

ÚNICA TRADUCCIÓN ESPAÑOLA PUBLICADA CON ANUENCIA DEL AUTOR

MAGNÍFICOS REGALOS

Esta importante obra forma un abultado tomo y se reparte por cuadernos de ocho entregas al precio de 4 reales el cuaderno. Su coste total es de 132 reales.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

- Línea de las Antillas, New-York y Veracruz.** — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacifico. Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.
- Línea de Filipinas.** — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo-Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia. Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.
- Línea de Buenos Aires.** — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.
- Línea de Fernando Póo.** — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.
- Servicios de África.** — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.
- Servicio de Tánger.** — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE. — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes.—En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.^ª, plaza de Palacio.—Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica.—Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10.—Santander; señores Angel B. Pérez y C.^ª—Coruña; don E. de Guarda.—Vigo, don Antonio López de Neira.—Cartagena; señores Bosch Hermanos.—Valencia; señores Dart y C.^ª—Málaga; don Luis Duarte.

MONASTERIO RESIDENCIA DE PIEDRA

AGUAS MINERALES DE LA PEÑA

eficaces para el Hígado, Anemia, Nervosismo, Dispepsia, etc.

NATURALEZA ESPLÉNDIDA

12 grandes cascadas. Grutas. Ambiente seco. Temperatura primaveral en el rigor del verano. SANATORIUM

TEMPORADA: DEL 15 DE MAYO AL 15 DE OCTUBRE

HOSPEDERÍA Y FONDA—BUENA MESA—PRECIOS ECONÓMICOS

Para más informes dirigirse al Administrador del Establecimiento de PIEDRA (por Alhama de Aragón)

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA

PATENTE DE INVENCION

funcionando sin ruido

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
AL CONTADO Y Á PLAZOS

— 18 bis, AVIÑÓ, 18 bis.—BARCELONA —